

Y fué allí, dentro, en medio de los grandes cortinajes de seda color topacio, replegados, sobre el vivo fondo esmeralda del empapelado; en medio de los artísticos jarrones japoneses, que se confundían con las ninfas de terracota erguidas sobre ricos tapices, airadas y risueñas, sosteniendo minúsculas bombillas eléctricas y pequeños maceteros de plantas raras; sobre esos muebles de rica tapicería rubí, que encontró reclinada a la bella mujer; suelta la rubia cabellera, envuelta en una bata celeste, recargada de albas blondas en las mangas, por las que sus brazos desnudos mostraban la exquisita delicadeza, de la graciosa línea, de la pálida y aterciopelada carne.

Ante ella, ante el cuadro de opulencia que la rodeaba, se encontró ridículo y pequeño; pero bastó la sonrisa protectora de la bella mujer, para animarse; y al estrecharle la mano tibia y perfumada, sumergió sus ojos llenos de rebeldía dominadora en los de ella.

Y allí, apoyado sobre los almohadones, con el rostro transformado por la exaltación del pensamiento, y los ojos perdidos en una indefinida lontananza, habló de sus sueños, de sus esperanzas, ante la mujer admirada.

Y, convencido de la sugestión de su palabra, del atractivo artístico o sexual que tenía para esa hermosa señora, se inclinó sobre ella con ademán lento y voluptuoso:

—¿Y su nombre?

—Rosa de...

—Rosa. Y clavó en ella su ardiente mirada mientras corría tumultuosa la sangre por sus venas. Y posó sus labios sobre los suyos; besó y fué besado; los brazos se entrelazaron, y ella reclinó la cabeza sobre su hombro. Fué una hora que les pareció un instante. Ella se desprendió de sus brazos, tocó un botón de la pared y la luz inundó la amplia sala. Sorelo se sintió estremecido ante la suntuosidad y brillo que lo rodeaba.

—¿Por qué esto, Rosa?— exclamó triste.

—Porque va a llegar mi esposo. Hasta mañana.

Fué en la tercera visita, cuando los últimos fulgores del crepúsculo apenas penetraban a través de los pesados cortinajes, y las sombras iban uniformando gradualmente, las colgaduras, los muebles y los rincones... Sorelo la abrazó, la atrajo, embriagándola con la caricia de sus labios... y la poseyó en un instante de excitación suprema... en un arrebató sexual frenético...

* * *

Sorelo, atraído por los encantos de Rosa, la rubia hermosa y seductora, tan múltiple, compleja y refinada, gozaba inmensamente al robarle amor y caricias a un rico, a un extinguido por exceso de civilización, de refinamientos y de molicie. No sabía si era amado, pero se sentía poseído por esta mujer. Ella llenaba su pensamiento. Ella le hizo olvidar su misión de agitador, y a los

obreros, que fueron motivo de sus relaciones.

La casualidad lo puso en presencia de uno de sus compañeros de lucha, y sufrió la acusación, de haber abandonado a los trabajadores, porque era el causante de que hubieran cedido faltos del fuego de su palabra, que les comunicaba aliento y firmeza. Y Sorelo rompió los diques que hasta entonces habían contenido su sinceridad:

—No me culpes a mí del fracaso de los trabajadores. Me ha repugnado continuar de agitador de inconscientes; ser parte en esa lucha de apetitos y pasiones; en esa exposición de llagas, de quejas angustiosas, que son demostración de debilidad y cobardía... Y, como no concibo ese revolucionarismo hecho de lamentaciones, y no me debo a nada ni a nadie, no quiero llevar más mi palabra a ese rebaño de estrujados, que sólo saben de sus necesidades y gritan por satisfacerlas, reduciendo la social revolución a una lucha de vientres; es que no son sino eso, dándoles el mendrugo acallarán sus blasfemias y sus gritos. ¿Cómo alentar una revolución que sería una dictadura obrera, que aniquilaría a los explotadores de hoy haciendo del mundo una merienda de caníbales? Me he convencido de que con la labor de encono no pueden surgir sino criminales. Sí, querido Díaz: las aspiraciones generosas, los nobles ideales los corrompe la vulgaridad y la miseria los envenena.

—¿Y qué quieres?—replicó Díaz. No comprendes que el hambre es lo único que tiene que enconar al pueblo? No ignoras tú, que la revolución francesa desgarró las sombras mostrando radiantes claridades que generaron esperanzas. Pero esas claridades se extinguieron y el pueblo cayó nuevamente en las tinieblas. Un nuevo yugo remplazó al antiguo y el feudalismo industrial apesó a las masas... El siervo se convirtió en obrero, y el hambre que le atenaceó cuando se doblaba sobre la gleba le martiriza hoy igualmente que se inclina sobre la máquina... ¡El hambre es el motor, Sorelo!

—¡El hambre! ¡siempre el hambre! Yo te repito, que una revolución que sólo sea para satisfacer hambrientos, me es repulsiva.

Aquí, donde actuamos, otra es nuestra misión: formar hombres, no hacer furias. Y más que todo ser lógicos, quitarnos la venda que el entusiasmo delirante pone a nuestros ojos ávidos de horizontes esplendentes. Cómo hablar de emancipación y libertad aquí, en esta república donde la mayoría no ha comprendido, no ha llegado a sentir ni los beneficios ni las desiluciones de la democracia; donde sobre cuatro millones de habitantes, tres millones son de esa raza degenerada y abyecta, de esos indios infelices cuya vida es inferior a la de las bestias. Masas sin ideales y sin aspiraciones, que no oyen más voz que la del cura, ni obedecen a otro mandato que al que trasmite sobre sus frentes, el látigo denigrante de sus gamona-